

PETER DE SHAZO: *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927* (Madison, The University of Wisconsin Press, 1983, 351 pp. con 3 gráficos, 3 mapas y 26 cuadros estadísticos).

Trátase de un estudio sobre los trabajadores en las ciudades de Santiago y Valparaíso, incluyendo las organizaciones laborales que ellos crearon. Comienza con la primera huelga protagonizada por una sociedad de resistencia, en 1902, y finaliza en la represión del movimiento laboral organizado por el Presidente Ibáñez en 1927.

Durante aquel cuarto de siglo, Chile experimentó alteraciones fundamentales y de largo alcance, por ejemplo, la crisis de su vida económica dominada por las faenas salitreras, el colapso del régimen parlamentario y el aumento de poder e influencia que demostró la clase obrera. Precisamente, fundado en el efecto demostrativo de las concentraciones, huelgas, tumultos y explosiones de violencia, el autor sostiene que los trabajadores urbanos y sus organizaciones ejercieron sobre la élite mayor influencia que la proveniente de los obreros del norte y sur del país. Esta es, en su concepto, una causa de la legislación que dicha élite aprobó como reacción ante las asonadas, conflictos laborales e incidentes terroristas que tuvieron lugar en las ciudades centrales en 1903, 1907, 1912 y 1917, por ejemplo.

Los lectores familiarizados con la historiografía del movimiento obrero chileno constatarán que los planteamientos y conclusiones de esta investigación se contraponen a la mayoría de las interpretaciones previas en la materia. En efecto, la tesis usual estriba en que los trabajadores de las salitreras, radicalizados por sus paupérrimas condiciones de vida, constituyeron la vanguardia de la masa asalariada, extendida después a las concentraciones urbanas mediante sindicatos de artesanos y obreros especializados de tendencia anarcosindicalista. Por el contrario, el Dr. De Shazo desarrolla una investigación rigurosa, apoyada en antecedentes estadísticos y otras fuentes de primera mano, para sostener que los trabajadores urbanos, especialmente de Santiago y Valparaíso, representaron la fuerza conductora del movimiento laboral organizado durante los primeros años del presente siglo, como asimismo, que el rol de quienes laboraban en las salitreras fue comparativamente inferior, tal vez porque eran mejor pagados en términos reales y menos inclinados a integrar asociaciones o participar en huelgas que los trabajadores de las ciudades nombradas. Otros factores, tales como el aislamiento entre las oficinas salitreras por las distancias que las separaban y el control de los empleadores sobre la fuerza de trabajo, habían debilitado el movimiento laboral en la pampa y reducido las huelgas en ella.

Tópico relevante del libro es el concerniente a los anarcosindicalistas, esto es, trabajadores convencidos de que las organizaciones laborales eran la potencia conductora de la revolución social y la base de una sociedad nueva. Al respecto, sostiene el autor que los anarcosindicalistas configuraron el sector de la clase obrera más dinámico y exitoso en sus actuaciones. Así, ellos encabezaron la mayoría de las huelgas, arrancaron concesiones significativas a los empleadores, forjaron los grupos laborales más sólidos y fueron la vanguardia del sindicalismo chileno. Los anarquistas en nuestro país, sin embargo, presentaban rasgos peculiares: no eran inmigrantes, pertenecían al estrato obrero, poseían destrezas que les aseguraban salarios superiores al promedio, detentaban espíritu revolucionario pero reivindicativo, eran antiautoritarios y opuestos al comunismo, en fin, defendían una estructura del movimiento laboral descentralizada y regional, sin lugar para caudillos. A la luz de tales planteamientos resulta que, a principios del siglo XX, el movimiento laboral organizado en Chile difería del existente en otros países latinoamericanos, cuidando el Sr. De Shazo de analizar dicho contrapunto con respecto a Argentina y Brasil.

El carácter nativo y práctico del anarcosindicalismo chileno le permitió mantener su vigor hasta 1927, es decir, el año en que junto a los sindicatos, mancomunales, gremios y sociedades de resistencia fue purgado por el Presidente Ibáñez. Pese a ello, el anarcosindicalismo sobrevivió en Chile debido a la base descentralizada y regional de las agrupaciones que controlaba, fenómeno que hacía difícil reprimirlo mediante el arresto de un puñado de sus dirigentes. Integrados después en el Partido Socialista que contribuyeron a fundar en 1933, los anarcosindicalistas ejercieron influencia en la aprobación del sistema formal de relaciones laborales, en la preservación del celo revolucionario no comunista y en el aporte tanto de líderes como de militancia a la emergente corriente socialista.

Sostiene el autor que, tras diezmar las federaciones independientes, el Presidente Ibáñez intentó crear un movimiento sindical amparado por el Estado, pero que fracasó en tal empeño porque no pudo generar un contingente importante de adeptos. El sector laboral permaneció, en consecuencia, independiente del Gobierno, aunque la aplicación de las leyes pertinentes de 1924 limitó el rol de los sindicatos como entidades de presión económica.

El Sr. De Shazo ha enfocado las relaciones industriales en Chile desde la base trabajadora hacia las instituciones políticas, porque los rasgos que asigna a las asociaciones obreras requieren un estudio fundado en la conducta de la masa asalariada y no en las proclamaciones ideológicas de los sindicatos, partidos y órganos gubernativos. Por eso, la obra aparece dividida en dos partes: la primera, dedicada al examen del trabajo y las condiciones laborales en las ciudades centrales, con capítulos sobre urbanización e industrialización y la situación socioeconómica de la clase trabajadora

de Santiago y Valparaíso; y la segunda, centrada en la exposición y discusión cronológica de las organizaciones de trabajadores en el lapso investigado, considerando fluctuaciones y tendencias más que acontecimientos singulares para trazar un panorama del surgimiento, apogeo y declinación del movimiento laboral.

Parte relevante del libro corresponde al análisis estadístico de las 380 huelgas que ocurrieron en Santiago y Valparaíso durante 1902-1908, 1917-1921 y 1925, períodos que abarcan las tres mayores oleadas de paralizaciones laborales del cuarto de siglo estudiado. Puesto que la huelga era el principal instrumento de presión económica usada por la clase obrera organizada, lógico resulta esperar que la indagación minuciosa de sus causas, evolución y término arroje luz considerable acerca de los trabajadores y los sindicatos de la época. Tal fue el criterio metodológico seguido por el autor, de manera que su evaluación de la huelga desde el ángulo indicado sitúa, en un marco más amplio y novedoso, el examen del régimen de *laissez-faire* en las relaciones industriales que imperó en Chile antes de 1927.

*José Luis Cea Egaña*